



¡A la plaza!

Panfleto para jóvenes sin futuro y
adultos mal aparcados por la crisis



José Luis Estrada Liébana

¡A la plaza!

Panfleto para jóvenes sin futuro y
adultos mal aparcados por la crisis

José Luis Estrada Liébana

A mi mujer Esther, mi inspiración, el
aire que respiro. A mis padres, Adolfo
y Socorro, mi refugio, el antídoto
contra cualquier veneno. A mis hijas,
Hiral y Rayani, la ilusión de mi vida,
pura adrenalina.

La generación asesina

Llevo más de una década escuchando que es hora de abrir el paso a la generación mejor preparada de la Historia. Pertenezco por edad (52 años) y por mi condición socio-laboral (periodista y director de periódicos durante 20 años) al sector más juvenil de la generación que tomó el poder en España a comienzos de los años 80, con el advenimiento de la democracia. Soy miembro, por tanto, de la generación asesina, políticamente hablando, que expulsó del poder a sus padres por carcas, carrozas y retrógrados, y que impide a sus hijos acceder a este poder porque no se fía de ellos ni les cree capaces de garantizarnos la jubilación de oro hasta los cien años que consideramos un derecho irrenunciable.

Observo con asombro cómo esta generación de jóvenes sobradamente preparados soporta la peor crisis económica desde la Depresión de los años 30, instalada en la cola del paro, en la triste aspiración al mileurismo, la precariedad laboral y el desencanto existencial, sin expresar su rabia ni movilizarse. Esta generación no parece ser consciente de que vive amordazada, a pesar de la libertad que cree disfrutar en la red, con sus twitter, twenty, facebook y los miles de links que cada día conectan a millones de personas haciendo realidad como nunca en la Historia la expresión de ciudadanos del mundo. Sólo desde un estado anestésico general puede entenderse que asistamos absortos a la rebelión de millones de jóvenes en el Norte de África reivindicando trabajo, comida, democracia y, en suma, libertad. Ellos mueren por millares para conseguirla, mientras en la cómoda, libre, divertida y rica España sufrimos ya tres años de crisis sin que hayamos sido capaces ni de intuir cómo podemos formalizar, de una vez por todas, la participación ciudadana en la vida pública y cómo podemos reducir el monstruo del Mercado a su estricta utilidad.

Vivimos en la era del corporativismo, una corriente filosófica nacida de la Revolución Francesa que utilizó la Razón pervirtiendo su verdadero sentido hasta alcanzar su cénit en el fascismo de Mussolini. Esta ideología es la que ha recuperado e impuesto en todo el mundo el Neoliberalismo, encontrando su peligrosa vertiente lúdica en el Gobierno televisivo de Berlusconi que, en España, ya asoma su monstruosa cabeza en la degradante opinión que los españoles tienen de sus líderes políticos, según reflejan las encuestas. Me asombro de cómo este corporativismo ha conseguido negar y socavar la legitimidad del individuo como ciudadano en una democracia, encumbrando el beneficio propio y negando el bien público.

Durante los tres años que llevamos de crisis, aplicando la memoria histórica y el sentido común, hemos conseguido entender qué ha sucedido, por qué y por culpa de quiénes. Sin embargo, me preocupa que, a pesar de ellos, nos hayamos quedado enredados en el fatalismo del Mercado y, lo que todavía es peor, que se esté imponiendo la idea de que podemos salir de la crisis sin que sus causantes asuman la responsabilidad de haber robado el futuro a esa generación mejor preparada de la Historia.

A esos jóvenes dirijo este panfleto reivindicando la herencia del filósofo de la Razón, Voltaire, para intentar que su hartazgo se convierta en indignación, como predica Hessel en Francia, y ésta se convierta en la necesaria movilización para conquistar ese futuro robado.

Ciudadanos, no clientes

Durante las dos últimas décadas nuestros líderes económicos y políticos nos convencieron de que España era una gran empresa, llamada a escalar a las primeras posiciones mundiales y que, por tanto, debía de ser gestionada como una empresa en expansión, liberándose de prejuicios sociales y políticos, como la protección social, la prestación de servicios, las garantías de igualdad y la previsión de futuro; liberándose, en suma, del concepto de ciudadano, para cambiarlo por el de cliente.

Lo primero que se hizo, como en el resto del mundo occidental, fue liberar el sistema económico por completo de las ataduras que los políticos le habían puesto después de la Depresión de los años 30, que sumió a media Humanidad en la ruina, provocó hambrunas, guerras y la muerte de millones de personas.

El pensamiento neoliberal arrasó todo vestigio que llevara el calificativo de social y todo vestigio de control público y político del sistema financiero. Este proceso duró años e implicó un trabajo enorme y carísimo por parte de los lobbys en Estados Unidos e Inglaterra, llegando a consumarse en la última década del pasado siglo.

Una vez libre de controles y reglamentos, el sistema financiero tuvo la puerta abierta para especular con el futuro y para poner el dinero a producir dinero; en suma, encontró expedito el camino hacia la piedra filosofal, la quimera que, desde su invención, han perseguido los bancos: la riqueza la genera el movimiento del dinero, no su inversión en el sistema productivo. Dicho en otras palabras: invertir crea riqueza general, pero jugar con el dinero crea riqueza para los jugadores, pues no hay reparto del dinero, sino que sólo va cambiando de manos... las mismas manos.

Varias crisis a finales del siglo XX y principios del XXI, como las de las Cajas de Ahorro en USA o la burbuja "punto com", no sirvieron de advertencia. El redescubrimiento por enésima vez del hormigón, la vivienda y el suelo como sectores sólidos, inamovibles y, por tanto, indestructibles y en revalorización permanente (inventado y hundido varias veces a lo largo de la historia, como en Florida y Luisiana) permitió poner en marcha la mayor burbuja inmobiliaria y la mayor estafa bancaria de la Historia desde el crack del 29; esta vez lo llamaron ingeniería financiera.

Lo más peligroso de esta gran recesión es que no se circunscribió a un solo país, como había sucedido en las anteriores ocasiones, sino que, por efecto de la globalización, prendió como la pólvora en todo el mundo occidental, aunque en distintos grados.

La burbuja inmobiliaria

La gran estafa financiera se gestó en Wall Street y en la City londinense y, en forma de hipotecas sub prime, infectó a casi todo el sistema mundial, con la excepción de China y, curiosamente, algunos países como España. Sin embargo, el otro gran frente de la crisis, la burbuja inmobiliaria, también gestada en Estados Unidos, prendió en varios países europeos, como Irlanda y, sobre todo, España. En este país, el espejismo que producía una de sus principales riquezas, el turismo, con cerca de 60 millones de visitantes invadiendo cada año sus costas y sus ciudades y demandando vivienda y servicios estacionales, desencadenó una fiebre constructora como nunca se había conocido en país alguno en toda la Historia, lo que, a su vez, convirtió el país en foco de atracción de inmigrantes para trabajar en ese sector, como si se tratara de la reconstrucción de un país tras ser devastado por una guerra o un terremoto.

La llegada al poder de Aznar, alumno aventajado de las tesis neoliberales, desplazó al PSOE, artífice del gran cambio democrático y económico de la España de los 80, pero que en la década de los 90 estaba enredado en la maraña burocrática que implica sostenerse en el poder entre la defensa del europeísmo y del autonomismo, una política que provoca la paralización del Estado por exceso de burocracia pero, sobre todo, enredado en la maraña de la corrupción y del clientelismo. Aznar y los ideólogos neoliberales del PP tomaron por asalto la costa mediterránea, poniendo el urbanismo y su dilatada aplicación en la democracia española al servicio de la especulación y la burbuja inmobiliaria. La punta de lanza fue la Comunidad Valenciana, donde se declaró por primera vez la norma que permitió legalizar la burbuja: todo el suelo es urbanizable excepto aquél que sea especialmente protegido por la Ley. Eso quiere decir que si se desea evitar que se construya en un bosque o en un paraje protegido, hay que iniciar un costoso y

largo proceso legal que casi siempre llegará tarde, porque lo legal es meter las máquinas y comenzar a construir.

Esta norma se extendió rápidamente por todo el país y en muy pocos años se levantaron millones de viviendas y de urbanizaciones en lugares que hoy son roja mirar. Se produjo así el milagro español del crecimiento, reconocido en todas las plazas financieras del mundo.

Las empresas constructoras se convirtieron, de la noche a la mañana, en los nuevos reyes Midas y extendieron sus tentáculos por todo el sector productivo, incluido el industrial y, finalmente, accedieron al control de los medios de comunicación y al de los propios políticos. Todas estas tramas, tras saltar en pedazos la burbuja inmobiliaria, están ahora saliendo a la luz.

En todo caso, tal desastre no hubiera sido posible sin la intervención del sistema financiero y político, éste último máximo responsable, al permitir y facilitar la impunidad legal de la especulación financiera y empresarial.

El sistema financiero español, que había logrado salir inmune de la crisis de las hipotecas sub prime, gracias a una política conservadora del Banco de España, cayó de lleno en las hipotecas basura directas a clientes sin capacidad de crédito y, lo que es más grave, en la financiación especulativa a las grandes empresas constructoras, inmobiliarias y promotoras, hoy la mayoría en quiebra o pendientes de una reestructuración de deuda imposible, que, como empresas zombies, sólo han aplazado su muerte unos años más.

Banqueros y políticos

El poder político, en este caso ya del PSOE y personificado en Zapatero, era consciente de que cualquier intento de pinchar la burbuja inmobiliaria supondría un frenazo drástico del empleo y del consumo, provocando así la temida crisis, indispensable, por otra parte, para el saneamiento económico. Así que prefirió ocultar y negar la realidad; incluso defendió y magnificó el sistema, afirmando una y otra vez que la economía había superado sus propias leyes y que las viviendas nunca bajarían de precio y seguirían subiendo indefinidamente, porque eran uno de los pocos valores seguros. Esta política hubiera sido impracticable sin el apoyo incondicional de los bancos y, sobre todo, de las Cajas de Ahorro, unas entidades bancarias únicas en todo el mundo en su propia concepción, que permitían a estas entidades semipúblicas (puesto que no pueden tener beneficios) actuar como bancos, pero sin el riesgo que éstos tienen para sus accionistas. Las Cajas de Ahorro, controladas por los políticos locales pero, sobre todo, por los autonómicos, tejieron una maraña de intereses localistas que financió todo el boom especulativo y permitió, a su vez, el endeudamiento de las instituciones públicas, como ayuntamientos, diputaciones y autonomías, financiando una enorme expansión de las obras públicas y un crecimiento desorbitado del personal de estas administraciones. El sobredimensionamiento en personal de las administraciones se realizó a través de la contratación directa y de la creación entidades públicas interadministrativas que las han llevado a una deuda insostenible y a un déficit brutal.

Al estallar la burbuja inmobiliaria se paralizó la construcción, que ya sumaba entonces un millón de viviendas vacías y otras dos de iniciadas, aprobadas o en distintas fases de ejecución. El detonante del estallido de la burbuja inmobiliaria fue, desde luego, la crisis mundial iniciada en Estados Unidos con la caída de Lehman Brothers, que instauró la desconfianza en la solidez

bancaria mundial y frenó en seco el préstamo interbancario, verdadero combustible del sistema. Esta desconfianza financiera paralizó en seco el crédito a las empresas constructoras y promotoras, todas ellas endeudadas hasta diez veces más de su capacidad real. Se paralizaron así la construcción y la venta de viviendas, y se disparó el paro, que arrastró a su vez a todos los sectores, incluyendo el industrial, y destrozó el sector de los autónomos y las pymes, verdadero motor del crecimiento español.

La sospecha de cuentas falsas entre todos los bancos del mundo secó también el crédito al consumo y sacó a la luz las hipotecas basura españolas que, contraviniendo la norma seguida en países europeos como Francia y Alemania, impedía dar hipotecas por más valor del 60% del precio de tasación, llegándose a conceder hipotecas hasta el 110% de su valor. Esto dio lugar a que millones de españoles y de inmigrantes (muchos de ellos con contratos temporales) quedaran atrapados en las hipotecas, que pasaron, a su vez, a engrosar la deuda bancaria. Las hipotecas privadas, imposibles de pagar, y los créditos inmobiliarios, imposibles de cobrar por los bancos, fueron ocultados y camuflados inicialmente por las entidades bancarias, y esas trampas hicieron que quedara en evidencia todo el sistema financiero español, antes alabado y aplaudido desde el otro lado del Atlántico. Este hecho ha sido clave para la desconfianza de las agencias de calificación mundial (Moody's, Fitch y Standar and Poor's), que han bajado sistemáticamente la calificación del país, elevando su riesgo y provocando la crisis de la deuda, proceso que ya ha requerido el rescate de países como Grecia, Irlanda y Portugal.

Esta crisis de la deuda, que en estos momentos padecemos, no se entendería sin la quiebra del sector público en todos estos países y en España en particular. El crecimiento histórico provocado por la burbuja inmobiliaria permitió la rebaja histórica de las cifras del paro en España (se llegó al

denominado paro cero masculino, cifrado en el 5%). Esto generó una recaudación de impuestos histórica, que generó por vez primera el superávit del que tanto presumieron Aznar y Zapatero en su primera legislatura, y también el orgullo de ambos políticos en las dos últimas décadas: la llamada hucha de la Seguridad Social, que acumuló casi cien mil millones de euros y que ahora está a punto de romperse para salvar al sistema de la quiebra.

El superávit (mayores ingresos que gastos), animado por la euforia del sistema financiero, ya libre de todas las ataduras del control político, permitió algunas cosas buenas, como la inversión en infraestructuras de futuro, cuyo símbolo más representativo y también envidiado en todo el mundo es la red del AVE, pero sobre todo financió la megalomanía política (España se convirtió en el paraíso mundial de los arquitectos de diseño) y lo que es más grave, permitió la multiplicación del sector público a todos los niveles: estatal, autonómico, provincial y municipal. Estas administraciones han utilizado la vía de las fundaciones, consorcios y empresas públicas, para desviar miles de millones de dinero público fuera del control presupuestario legal ordinario, creando un agujero real aún hoy se desconoce.

El resultado lógico del estallido, primero de la crisis financiera en USA y luego de la inmobiliaria en España, fue la paralización de la obra pública (ya imposible de financiar) y el descubrimiento de un sector público inflado e insostenible, con miles de funcionarios y servicios innecesarios.

Un país en la ruina

El entramado administrativo y laboral español, heredado del franquismo y consolidado en la Transición, metió en una trampa sin salida a toda la Administración española, trampa que ha generado el déficit público histórico del 11% en 2009, que dio lugar el pasado año, junto con la deuda privada provocada por la burbuja inmobiliaria y bancaria, a la mayor crisis de la historia reciente de nuestro país, cuando, tras la caída de Grecia, estuvo a punto de quebrar y hubo de ser salvada por Europa, lo que obligó a Zapatero a cambiar radicalmente su política, con las reformas ya conocidas que ahora padecemos.

Todo tiene el mismo origen. La burbuja inmobiliaria provocó crecimiento y mayores ingresos públicos vía impuestos y crédito institucional. Una vez explotada, cayeron drásticamente los ingresos, aumentaron los gastos sociales de protección y se cortó el crédito, pero el déficit se mantuvo porque hay que pagar las deudas contraídas y el ahorro es imposible porque (mientras no se cambien las leyes y exista un gran convenio nacional) es imposible despedir a funcionarios y flexibilizar servicios.

Hoy, el gasto corriente de trabajadores y mantenimiento de servicios llega a copar hasta el 90% del presupuesto de muchas administraciones locales, provinciales y autonómicas. Si a esto añadimos el coste de la deuda que financió la megalomanía política de la gran expansión, nos encontramos con que todas las administraciones llevan ya sumando tres años de déficit y son incapaces de presentar un plan creíble de futuro.

Esto es lo que sabe el denominado Mercado, representado por las tres agencias de calificación mundial, y lo recuerda periódicamente, provocando con ello el encarecimiento de la

deuda, el aumento del diferencial con Alemania y el encarecimiento de la prima de riesgo que cada poco tiempo amenaza sumar a España en el club de los PIGS (acrónimo de Portugal, Irlanda, Grecia y Spain, "cerdos" en inglés) ya caídos, sentenciados por los mercados a la quiebra hace ya tres años.

Por qué Zapatero debe irse y Rajoy no debe volver

Llegados a este punto, se entiende fácilmente por qué Zapatero debe irse y Rajoy no debe volver. El primero debe irse porque supo y pudo pinchar la burbuja inmobiliaria, pero se negó a hacerlo para no provocar una crisis que hubiera sido manejable, pero que le hacía peligrar en el poder, prefiriendo en cambio negarla, engañando así a todos los españoles y provocando un sufrimiento mucho mayor, con casi cinco millones de parados, y manteniendo a España en el borde del precipicio de la quiebra, con una deuda creciente a causa de un déficit brutal del que es el máximo responsable. Y Rajoy no puede volver porque formó parte del Gobierno de Aznar que puso las bases de la burbuja inmobiliaria, abrazando todas las tesis neoliberales, así como la desregulación bancaria que consolidó la burbuja, pero, sobre todo, porque defiende, protege y apoya en Valencia a los verdaderos impulsores y propagandistas de la burbuja; allí, en Valencia, es donde ésta prosperó más, gracias a la corrupción de todas las instituciones, y Rajoy está ignorando y ninguneando el único proceso iniciado en España para develar el entramado político, empresarial, financiero y mediático que se ha iniciado en España contra los corruptos que más se beneficiaron de la actual crisis, el caso Gürtel.

¡A la plaza!

El mundo está sufriendo un cambio, una mutación de proporciones insospechadas. Estamos mutando, como afirma Alexandro Baricco, tal vez hacia una nueva civilización que podemos intuir y visualizar en el mundo de Google, de Internet y Facebook, porque de lo que sí estamos seguros algunos es de que constituimos una frontera que se desplaza hacia territorio desconocido. Somos los jóvenes sin futuro y también los maduros mal aparcados; los que no renunciamos al pasado, pero sabemos reconocer bajo su brillo de bazar chino un vertedero de ruinas, del que estamos dispuestos a rescatar aquello que nos sirva como puente de paso para construirnos nuestro nuevo hogar, como han hecho tantas y tantas civilizaciones antes que la nuestra. Ese sueño se mantiene hoy vivo, representando el símbolo de la legitimidad ciudadana horizontal, frente a la vertical; estoy hablando, por ejemplo, de lo que representa en el mundo del arte la Alhambra de Granada o Santa Sofía de Constantinopla frente a las pirámides de Egipto o el Coliseo de Roma, hoy a punto de privatizarse para convertirse en un Disneyworld de dos mil años. Estoy hablando también del instinto de protección sobre el instinto de depredación; de la voluntad de preservar la naturaleza para futuras generaciones en lugar de saquearla en nombre del progreso, porque, como decía el escritor Ramón Carnicer, la cultura sólo lo es si es "ética, estética y ecológica".

Este panfleto no pretende profundizar, de forma tediosa y habitualmente inútil, en toda la historia de las ideas, pero sí parte de ella, porque se ha tejido con numerosas lecturas, surfeando durante años sobre los libros para detectar instrucciones de uso que no están en el lenguaje de Guttemberg, sino en la vida. Con él intento conectar con las nuevas generaciones de lectores, a quienes el corporativismo dominante acusa de quemarse las neuronas con el uso

compulsivo de las nuevas tecnologías, pero que considero verdaderos mutantes o, dicho en nuestro viejo lenguaje humanista, genios.

Reivindico, con Ralston Saul, el derecho a hacer un viaje iniciático sin la expectativa de llegar a alcanzar un fin, sin esperanza de encontrar la verdad, como Sócrates; y reivindico el humanismo práctico, para poder vivir en una sociedad que sólo seguirá existiendo mientras sus ciudadanos crean en ella y trabajen por ella; una sociedad que no pretenda vendernos, como hasta ahora, instituciones eternas con las que hacemos creer que hemos logrado vencer al tiempo, para después pedirnos que nos quedemos inmóviles.

Reivindico una sociedad que no machaque a los jóvenes durante el mejor período de su vida, para súper especializarlos antes de los 20 años y convertirlos en máquinas de hacer dinero del Mercado y la Tecnología con mayúsculas, y dejarlos después aparcados en la jubilación otros 30 años jugando al golf o tumbados en una playa. Reivindico que los jóvenes puedan disponer de su juventud y utilizar ese tiempo para formarse integralmente, como personas, ciudadanos y colaboradores del bien público, sin tener que esperar a dejar de ser jóvenes para que les devuelvan el tiempo robado y ya inútil.

Rechazo la vertiginosa carrera hacia el profesionalismo y la especialización bajo el chantaje constante de caer en la ineficiencia, el caos y la quiebra. Rechazo los planes de Bolonia, porque no contemplan ninguna obligación para con la sociedad de ciudadanos, que no clientes, que debemos construir, sino sólo hacia el Mercado, lo que nos aleja de un mundo gobernado por la razón y nos devuelve a un tipo de sociedad más parecida a la medieval, hundida en la superstición y la oscuridad.

Reivindico la crítica sistemática en todos los niveles profesionales. Me opongo a los secretos de Estado y a los contratos de confidencialidad profesional, que amordazan

desde al abogado hasta el dentista, pasando por el cocinero y el mecánico. Defiendo Wikileaks y abomino de las ruedas de prensa sin preguntas.

Reivindico el voto reflexivo y el debate público de los políticos y reniego de los referendos sobre temas intrascendentes, que se utilizan como entretenimientos para ocultar los verdaderos problemas ciudadanos, porque el uso compulsivo de este mecanismo democrático, tanto en las urnas como en la red, suele acabar convirtiéndolo en plebiscito, que ha sido y es la herramienta más sofisticada del fascismo.

Rechazo el lenguaje especializado y corporativista, que se ha convertido en dialectos herméticos utilizados como herramientas de poder excluyentes. Rechazo las escuelas empresariales y de negocios que se proponen como modelo de futuro para nuestras universidades, con premios Nobel de Economía al frente que pusieron su nueva ingeniería financiera al servicio de la especulación y algunos, con nombres y apellidos, están entre los auténticos culpables de esta crisis, y rechazo que estos economistas hayan ocupado el espacio de los pensadores, traicionando a los ciudadanos para poder disfrutar de retiros dorados en sus yates y jets privados.

No podemos cambiar la sociedad, pero sí podemos cambiar el paso, precisamente para poder abrir paso en la maraña de la corrupción. No podemos colaborar de manera desinteresada en el bien común si no frenamos la acelerada carrera a la que nos han empujado, en la que hay que dar la espalda a cinco millones de parados porque si se acepta esa realidad, esta sociedad de alta velocidad se pararía.

Reivindico, con Ralston Saul, el equilibrio que imposibilite la certeza de cualquier ideología, el derecho a la duda y el uso libre de esa duda como mecanismo de control del poder. Reivindico el

derecho del individuo a ser un ciudadano creativo, ético, intuitivo, con memoria histórica, razonable y con sentido común, en una sociedad verdaderamente democrática.

Y reivindico, finalmente, la movilización frente a la más que lógica indignación que ahora tenemos; el inconformismo y la protesta en la plaza pública. Es nuestro espacio y es el momento. Movilizaos, recuperad el foro público. Emulando a Gabriel Celaya: "¡A la plaza, que ya es hora de pasearnos a cuerpo y mostrar que, pues vivimos, anunciamos algo nuevo!".



José Luis Estrada Liébana nació en Truchas (León) en 1959. Se licenció en periodismo por la Universidad Complutense de Madrid en 1980. Comenzó su carrera profesional en León en el Diario de León. Posteriormente ejerció como director de comunicación institucional en el Gobierno Civil de León y en el Ayuntamiento de Zamora, para regresar de nuevo a la prensa en 1986, al Diario de León, donde fue redactor jefe. A partir de 1990 ha dirigido varios periódicos, el Diario 16 de Burgos, El Mundo-La Crónica de León y ABC-La Crónica de León. En 1990 fundó con cuarenta profesionales e intelectuales burgaleses el Diario XXI de Burgos, que hoy sigue en la calle como El Mundo de Burgos. La crisis económica le dejó mal aparcado el pasado año en León, donde reside en la actualidad.